

sobre el diván, con los ojos puestos en un capullo que se abría. Jaime inclinado hacia Ángela, con el mirar fijo en el áureo polvillo solar que se deshacía contra las columnas de la italiana alcoba.

Hubo un silencio, una pausa, que llenaron el aire con sus cuchicheos besadores, las flores con su esencia, el sol con sus rayos cernidos por la persiana verde.

Los ojos del hombre y de la mujer se encontraron; puestos los unos quedaron en los otros; la mujer retiró los suyos, sus mejillas enrojecieron, su alto seno tremó. El hombre cogió entre sus manos, por la curva de la muñecas, aquellos blancos brazos de diosa; desprendióse la mujer de él, pero fué para resbalar, desvanecida, cerrados los párpados y entreabierta la boca, en los cojines del diván.

El hombre, puesto en pie, la miraba.

De ella, subieron hacia el maestro los ojos del discípulo. El maestro sonreía con tranquila bondad.

—La vida no se detiene— parecía decir al joven con sus finos labios entreabiertos por la sonrisa—. La muerte no puede ser estorbo de la vida. Amad y vivid.

Y amaron y vivieron, al brillo último del crepúsculo, que, desdibujando románticamente sus imágenes, dejó al maestro en la sombra.

EL SINO

El sino.

I

Desde su nacer fué desafortunado aquel sabio infeliz. Casi estoy por decir que antes de nacer lo era ya. Le cupo suerte de gemelo y, si por los consiguientes se juzgan los antecedentes, es muy presumible que en el claustro materno le tocara la habitación peor.

Vino a esta existencia el segundo. Todos los gestos y exclamaciones de alegría hechos por los padres al advenimiento del primer hijo, trocáronse en gestos de contrariedad y exclamaciones de disgusto al presentarse el otro. No eran ricos los padres y aquella propina filial les amargó el buen parto.

A más de ello, si el primer hijo era robusto y

mantecoso, era el segundo pellejoso y enclenque. El médico tuvo que propinarle una tanda de azotes para que rompiese a llorar, y llorando empezara a vivir, como empezamos todos.

En su bautizo calentó el agua de más el monaguillo, y cargó la mano en la sal el cura; de modo que le achicharraron la piel y le pusieron la boca como tocino rancio. A poco si la madrina le deja caer al suelo, a poco si le asfixia el padrino al atarle los cordoncillos de la gorra. Por lo que hace a nombre le pusieron Anatolio, sin más añadiduras.

No podía la madre nutrir a los dos vástagos. Al primer nacido le tocó el pecho maternal. Para el segundo buscaron ama; y como las de fuera de casa resultan, al parecer, más económicas, escogieron para Anatolio una de extramuros. Allá fué el pobre chiquitín, a una casuca de Tetuán de las Victorias, donde era sucio todo, desde el pezón de la nodriza, lleno de mugre y costras, hasta las ropas de la cama, bordadas de churretes y respunteadas de insectos.

No fué vida la del pobre Anatolio en el tugurio aquel; martirio de criatura fué en potro de inmunicias. Los pañales se le mudaban, si se le mudaban, una vez por día, para ahorrarse gasto de jabón—que si es bueno cobrarlo, es aún mejor no consumirlo—. En brazos de la nodriza apenas estuvo. Unas veces encima de la cama, otras, y eran las más, en el santo y no limpio suelo, le dejaban

patas arriba, dándole para entretenimiento de ojos las telarañas que decoraban la techumbre y para engaño de la boca una muñequilla de trapo, remojada en cierto mejunje indigesto y dulzón.

De teta no hay que hablar; por milagro le ponían a ella. Después de todo, igual era ponerle que no ponerle, a los efectos nutritivos. Andaba muy escasa de leche la mala criadora. A bien que, para suplir las escaseces del jugo natural, abundaban los cucharones de sopaza, los barros harinosos y aun las tiras de arenques que el chicuelo chupaba y rechupaba, en aumento de su sed y detrimento de su estómago.

Claro que con tales potingues salía Anatolio a indigestión diaria; claro que a cuenta de medrar desmedraba a ojos vistas; y claro que los padres—¡si sería grande el desmedro!—lo echaron de ver y decidieron cambiarle de ama.

Si la primera era sucia, era la segunda borracha, la tercera andariega, la cuarta ejemplar de malos humores... Así recorrió ocho amas en catorce meses, y no reventó, con tan malos tratos y continuas mudanzas, porque a mayores le traía reservado el Destino.

Destetado—es ello un decir— a los catorce meses, ingresó en el domicilio paterno. Parejo andaba, en lo estrujado y maloliente, con los famosos arenques que le entretuvieron el hambre.

«¡Un asco de niño!», según exclamaron los padres cuando le recibieron. Mejor fuera para Anatolio seguir en poder de las seudonodrizas que volver al hogar de sus engendadores.

En los casucos donde avecinaban aquéllas no había luz, ni aire, ni higiene: era la suciedad señora, la escasez despensera, la indigestión perpetua enfermedad. Ni buena leche, ni aseados pañales; una tarima con oficios de cuna y unas vigas entelarañadas por todo cielo que mirar.

En casa de los padres, cuidaban unas miajas mejor la alimentación, la limpieza, el aire y la luz; en cambio había un hermanito, comparados con el cual, todos los elementos martirizadores que combatieran a Anatolio fuera de su casa, eran una bendita gloria.

Este hermanito, cuyo nombre era Antonio, había acaparado todo el cariño que los padres debieron honradamente distribuir entre Anatolio y él. Nutrido al pecho maternal; creciendo hora a hora entre los brazos de la madre y entre las caricias del padre, fué, hora a hora también, apoderándose de sus corazones; de suerte que Anatolio, al entrar en su casa, resultó para los padres un extraño y para el hermano un objeto de envidia, cuando no un maniquí de entretenimiento y torturación.

A fe que Antoñito era maestro en lo de torturar. A falta de perro o de pájaro, allí estaba Anatolio,

puesto siempre a disposición del minúsculo Torquemada.

Unas veces tocábales a los cabellos de Anatolio el oficio de riendas. A ellos se asía el Benjamín con las dos manos y de ellos tiraba sin cuidarse él, y sus padres tampoco, de los gritos y contorsiones que arrancaban a la víctima los repelonazos; otras veces correspondía el turno a las orejas; algunas a los ojos; no pocas a labios y narices. Todo el muñeco vivo servía a los caprichos del insaciable Neroncete.

Y ¡ay del muñeco vivo si resistía o protestaba!... Unos buenos azotes y nuevamente a poder del hermano. Éste lloraba si le quitaban el juguete. No era cosa de que vertiera lágrimas y se estropeará los ojos un chiquillo tan guapo.

Anatolio era feo. Como la belleza entra por mucho en esto del afecto y las simpatías, faltábanle los de los extraños y también los de sus padres propios. Hay padres para todo. A los de Anatolio hacíaseles caso de oprobio y de vergüenza el haber engendrado sujetillo tan ruin; y el engendro pagaba el delito de la imperfecta engendadura.

Si esto ocurría con los padres, ¿qué iba a ocurrir con las visitas y parientes? Que todas sus caricias, arrumacos y ferias eran para Antoñito. A Anatolio que le partiera un rayo. ¡Así le hubiera partido en temprana edad! Fuera favor del Cielo; pero, tratán-

dose de aquel chico, ni el mismo Cielo estaba por hacerle favores.

Despreciado de los suyos, maltratado por los ajenos, sin ver en nadie cariño o atención, creció la infeliz criatura. Aquel vivir triste, aquel mirarse a todos y por todos pospuesto, cristalizaron en su pensamiento la idea de que su desdicha era, no desdicha, sino suceso natural, ley divina, a la cual necesitaba someterse.

De acuerdo con la idea fueron las acciones del chico. Humilde, resignado, paciente, todo lo sufría sin protesta; a todo servicio estaba pronto. Ni una vez siquiera se revolvió contra la crueldad fraterna; ni una hizo mala cara al desabrimiento de los padres. Acaso había en ocasiones relámpagos de tristeza en sus ojos; nunca faltó en sus labios la sonrisa dulce que han puesto en boca de sus mártires los pintores cristianos.

No vale decir si los padres, cuando fué hora de poner los niños en maestro, guardarían sus desvelos y ahorros en beneficio de Antoñito.

A un buen colegio le mandaron. Digo bueno, porque si en él dejaba la enseñanza mucho que desear, el cobro no dejaba nada que apetecer a los enseñadores. Para Anatolio buena estaba la escuela gratuita. En ella entró con las botas rotas y el delantal sucio, mientras su hermano entraba en el colegio con botas nuevas, delantal limpio y

cartera de bruñido cuero y de reluciente hebillaje.

Era Antonio desaplicado; su inteligencia dejaba mucho y hasta muchos que desear; pero como en estos colegios de buen pago, mientras se paga bien, no conviene perder alumnos, es decreto que todos resulten maravillas.

No es ello crítica de maestros. A la mayor parte significales la enseñanza un medio de vivir como otro cualquiera. Cada uno debe y necesita vivir lo mejor posible. Mientras haya padres necios que con exterioridades se engrían, y con premios, cintajos y medallitas se satisfagan, bien hacen los maestros explotando su necesidad. Al fin y a la postre, de los tontos se vive en este mundo y, aun aun, haciendo promesas para el otro.

Siendo de tal hechura el colegio donde metieron a Antoñito, siendo sus padres capaces de todo sacrificio y halago para quienes le pintaran al muchacho como ángel de sabiduría, inútil es decir que premios y cintas y medallas llovieron como lluvia abrilena sobre el educando.

Al otro, en escuela gratuita, con maestros que apenas tenían que comer, no le tocaban premios, por la sencillísima razón de que no los había; pero es lo cierto que el muchacho era listo y trabajador, y aprendía mucho más y más bien que de los métodos y elementos educativos empleados allí debía justamente esperarse.

Especialmente para Matemáticas y Geografía era un prodigio el menguado Anatolio. Cúpole en suerte un maestro viejo, a quien desdichas de la profesión trajeron a maestro de colegios gratuitos. En otros mejores anduvo; en implantar uno a la moderna gastó sus pocos ahorros. Cerrólo por falta de discípulos, mejor dicho, de padres de discípulos que quisieran entrar por la vía de hacer a sus hijos hombres y no loros, y acogióse a una escuela municipal como náufrago a tabla.

Se encariñó el maestro con el discípulo; pagó éste con creces cariño y enseñanzas, y a los catorce años podía tenérselas tiasas con Aristóteles y Copérnico, refundidos.

Poco valieron estos méritos de Anatolio frente al juicio estrecho de sus padres.

¿Qué servía el ignorantón de Anatolio, comparado con Antoñito, que era bachiller, y al año siguiente emprendería la carrera para ser deslumbrado del Foro? Nada o casi nada. Aquel calabacín había dado de sí cuanto debía dar. ¿Tenía buena letra y sabía cuentas? Pues a encontrarle un empleillo y que se las buscara como Dios le diera a entender.

¿Un empleo? ¿Dónde encontrarlo? El viejo maestro se lo proporcionó, humilde pero suficiente a cubrir sus necesidades, en la Secretaría de un centro pedagógico. Allí prestaría útiles servicios y podría

dedicarse a aquellos estudios propios de sus aptitudes y aficiones.

Dicho y hecho. Anatolio entró en la Secretaría con «dos cincuenta», y a vivir.

El mismo día y casi a la misma hora anunciaban los padres a todos sus conocimientos que Antonio «entraba por el primer año de Leyes.»

UNIVERSIDAD DE MONTENEGRO
BIBLIOTECA DE MONTENEGRO
"ALFONSO DE MONTENEGRO"
Año 1933 MONTENEGRO
7

II

Presidía el centro pedagógico donde emplearon a Anatolio un astrónomo del Observatorio matritense, hombre de tantos años como ciencia.

Tenía los cabellos color plata de luna, cual si los rayos de ésta hubieran echado raíces en la cabeza de su fervoroso observador; los ojos, redondos, claros y sus miajas convexos, como lentes de anteojos; la nariz, recta, delgada, muy en punta, parecía un compás. ¿Cuándo se abrirá para medir?, decía uno al mirarla. Las arrugas innumerables del rostro resultaban, por el dibujo, más que arrugas, fórmulas algebraicas; el cuerpo era menudo, al andar movía los brazos con movimiento de alas; creyérasele dispuesto a volar en busca de los espacios siderales. En resumen, un buen señor con alma grande y noble, digna de otros planetas.

Prendóse de Anatolio el sabio, no por otro motivo que hallar en él felicísimas disposiciones para la ciencia astronómica de que el sabio había hecho su religión, y se dispuso a protegerle y a darle carrera en consonancia con sus bien manifestadas aptitudes.

Al primer fin, viendo que el mozo — a quien sus padres habían puesto en la del rey —, para domicilio, alimentación y traje no tenía más que las dos cincuenta, le brindó hospedaje en su casa y le regaló los desechos de su vestuario. Suerte que era el beneficiador tan enclenque como Anatolio. Por tal causa pudo éste aprovechar el desecho de trajes y zapatos. No ocurrió igual con los sombreros. La cabeza del astrónomo era, por su tamaño y por su redondez, una esfera armilar.

En lo que toca a profesión, siendo la de D. Lucas la que iba Anatolio a seguir, no precisaron universidades y maestros. Con el de la casa bastaba y aun sobraba a las veces. Era exigente el profesor, y solía poner, con sus exigencias, en tortura el buen intelecto y la buena voluntad del discípulo.

Bien instruído, bien alimentado y alojado, y si no bien vestido, vestido, que ya es algo para andar por las calles en esta época extraparadisiaca, nada le faltaba a Anatolio. Hasta le sobraban las dos cincuenta. Traducidas eran semanalmente en ahorros sobre una libreta del Monte de Piedad.

Hubiera sido el mozo completa y absolutamente feliz, si en el mundo ello resultara posible. De entretenimiento le servía, que no de ocupación, el limpiar los instrumentos del maestro, el cepillarle la ropa, el prepararle agua para la diaria rasuración y el oír los discursos que enjaretaba, antes de dor-

mirse, a propósito de Marte, de Venus, de Júpiter, de Sirio, de esta estrella o de otra; de este o de aquel sistema planetario.

Hubiera sido totalmente dichoso Anatolio si no contrastase y chocaran algunas veces las condiciones privativas de su carácter con las del carácter de D. Lucas.

Era Anatolio linfático, sedentario, pasivo; era don Lucas todo nervios, acción e inquietud. Anatolio tenía naturaleza de caracol o de ostra: la casa, el domicilio, significaban para él lo que la concha para aquéllos. A serle posible hubiera ido a todas partes con la casa auestas como el caracol, o la hubiera entreabierto, nada más que entreabierto, para ver lo que fuera ocurría, como hace la ostra con sus valvas.

Don Lucas, por el contrario, no hallaba jamás un domicilio conveniente.

¿Por afán de comodidades materiales? No. Las comodidades materiales eran para el astrónomo pura y despreciable superfluidad. El toque de sus inquietudes y mudanzas domiciliarias estaba en otros puntos.

El Observatorio de Madrid significaba para don Lucas el templo abierto, la catedral donde todos los sacerdotes astronómicos realizaban los oficios sacros del culto en noble comunión; pero, así como necesita el místico de un lugar oculto, de una re-

cóndita capilla donde abrir sin testigos las alas del espíritu y comulgar con Dios, necesitaba el sabio también capilla hábil para sus deliquios siderales.

A esto, a la precisión de encontrar capilla digna de su misticismo astronómico, debíanse las incesantes mudanzas de D. Lucas. Quería él domicilio sin vecindad, en el campo, naturalmente, libre de boscajes y de montículos que le entorpecieran los disfrutes del paisaje celeste; y quería en aquella vivienda una azotea alta, lo más alta posible, para saludar desde su remate, anteojo en mano y pupila en anteojo, a todos los mundos brilladores que temblaban sobre el espacio azul.

Ninguna capilla le parecía buena al objeto de sus oraciones astronómicas. Al poco tiempo de alquilada una casa desechábala por inservible. Era preciso buscar otra, y ¡hala!... ¡Anatolio, avisa al carro de mudanza!... ¡Anatolio, enfúndame los instrumentos!... ¡Anatolio, mete la ropa en las maletas!... ¡Anatolio, cierra los armarios!... ¡Sube, Anatolio!... ¡Anatolio, baja!...

Y el pobre Anatolio, el hombre ostra, la criatura caracol, iba de un lado para otro y de este barrio a aquél, no echando maldiciones—el muchacho era incapaz de maldecir—, pero sí dándose a todos los cometas que, por rabudos, algo tienen de diablos.

En fin, y mudanzas aparte, era dichosa la existencia del astrónomo en perspectiva.

Poco a poco, sin perder uno, ganó todos los cursos y llegó al término de su carrera; los ganó con notas de sobresaliente, con premios y matrículas y título de honor. Don Lucas gozaba a cada triunfo del discípulo tal que si fuera propio. Al terminar su carrera Anatolio, halló el maestro forma de que entrara en el Observatorio y fuera dentro de la iglesia un sacerdote más.

Como el joven apenas tuvo precisión de tocar el sueldo del centro pedagógico, ascendían sus ahorros a algunos miles de pesetas cuando terminó la carrera, y cambió su jornal de escribiente por un jornal de sabio. El jornal de sabio consistía en cinco pesetas diarias. De algún modo han de pagarse tantos años de estudio.

Todo llega en el cielo de arriba y en la tierra insignificante de abajo, y le llegó a D. Lucas la hora de morir.

Fué ésta durante una noche estival que entoldaban blancas nubecillas, coloreadas, de tiempo en tiempo, por la luz del relámpago. Las estrellas temblaban misteriosamente en el cielo; la madre luna, en toda su nacarina plenitud, paseaba lentamente el espacio.

«Anatolio — dijo D. Lucas, que llevaba cuatro días en cama —, esto concluye; se me acabó el fuego central; dentro de algunas horas entraré en la categoría de los cuerpos difuntos. No vale apu-

rarse. Ni los astros son eternos; ¡para que lo sean los hombres! Ahora sí, no quiero que se extinga mi luz sin dar un adiós último a los amigos de allá arriba. Conque ayúdame; subiremos poco a poco esas escaleras y desde la azotea me despediré de este mundo nuestro y de los otros.

»Excusado es decirte — añadió D. Lucas — que cuanto poseo, mis instrumentos, mis apuntes y las bagatelas de mi casa, te pertenecen. Como a hijo te miré, y como a hijo te lego toda mi fortuna. No encontrarás mucho dinero, pero encontrarás algunas fórmulas curiosas.»

Y fué allá arriba, sobre la azotea, bajo el cielo claveteado con estrellas, en presencia de la luna blanca y amorosa, donde el sabio se fué extinguiendo poco a poco, sin convulsiones, sin espasmos, con majestuoso y dulce agonizar.

Puestos los ojos en la Diana de los poetas, seguía sonriendo su curso. Con los ojos de par en par abiertos quedó el maestro al morir; en ellos tembló durante unos segundos la imagen pálida de la luna. Hubo un silencio augusto bajo el cielo azul.

La madre luna envolvió al muerto con una mortaja de alabastro.

III

¿Cuáles sucesos habían ocurrido durante aquellos años en el domicilio de Anatolio, que éste muy de tarde en tarde visitaba?

Antoñito, el apreciable Benjamín, respondiendo cumplidamente a las promesas infantiles, salió un perfectísimo granuja.

Embobados trajo a sus padres durante mucho tiempo con charlas engañadoras y con trampas estudiantiles. Unas y otras llevaban por objeto exclusivo sacar a los padres dinero y encubrir suspensos y pérdidas totales de curso.

Para lo de sacar dinero siempre tenía a mano un libro nuevo, un repaso hecho, secretamente, con cualquier profesor, un centro o sociedad estudiantil de la cual, por supuesto, le habían nombrado presidente... Recursos de esta índole nunca faltaban al pícaro holgazán para saquear las arcas paternas.

Ocasiones hubo en que no bastándole con los engaños, recurrió al hurto franco y al empeño de objetos y prendas valorables.

Cuando hurto o pignoración eran descubiertos, reñía el padre, lloraba a moco tendido la madre, el

mozo se deshacía en prometimientos de enmienda y todo concluía en paces. Antonio echaba escaleras abajo encogiendo los hombros; y los padres exclamaban casi a dúo: «Después de todo, mientras el muchacho haga bien sus estudios no hay que tomarlo por lo heroico. Esas y otras calaveradillas son propias de la edad.»

¡Los estudios!... Para los padres exclusivamente llevaban camino franco los de Antonio. Por la cuenta de ellos andábase el mozo en el quinto año; por la del mozo y los profesores del mozo no había pasado del primero.

Hábil en raspar y enmendar papeletas, certificados y matrículas, llevaba al domicilio todos los juicios una carga de sobresalientes. Eran ellos suspensos en la realidad. Los infelices padres tragaban el anzuelo y ya veían a su Antonio siendo asombro de estrados, procuradorías y audiencias.

Asombro sí era. No precisamente de claustros, aulas y profesores, pero sí de billares, de garitos y de tahures. Conocía y ejercitaba maravillosamente todos los juegos de naipes, así los carteados como los de azar y de envite; daba gloria en carambolas, treinta y cuarenta y una, morito, platillo y demás lances de billar; bailaba como un organillero, y, en las casas públicas, declarábanle hijo adoptivo la alcahueta, chulo las mancebas y compañero los rufianes. Un encanto de mozo.

Vino al cabo lo de averiguarse sus trapacerías. Toda la casa fué llanto y desazón.

Quisieron los padres refrenar al mancebo, y mejor lo hicieran callando. Antonio, rompiendo la máscara de su hipocresía, hizo frente a las reprensiones y hasta llegó en sus réplicas a la amenaza, con gran dolor de sus progenitores, que habiéndole educado para ser malo se asombraban de que lo fuera.

«¿Qué hacer ahora de él? — exclamaban los padres —. ¡Tanto tiempo perdido!... ¡Tanto dinero gastado inútilmente! ¡Quién lo pensara!... ¡Esto es horrible! ¡No podía ocurrirnos otra cosa peor!...»

Sí que podía, y ocurrió.

Sabía Antonio que su padre guardaba dentro de un armario, en una cajita de hierro, veinte mil pesetas, único y definitivo capital para la próxima vejez, y cierta noche descerrajó el armario, hizo propia la caja y tomó las de Villadiego con el propósito, fielmente cumplido, de volver la espalda a su hogar y no ocuparse más de los suyos.

Al padre le trajo el disgusto una parálisis, dejándole inútil para todo trabajo; quedó la madre punto menos que lela, y la miseria entróse por aquel hogar como dueña y señora.

Entonces, sólo entonces, se acordaron los buenos padres de Anatolio. La voz de la sangre habló en ellos pidiendo a gritos la presencia del hijo au-

sente y olvidado. Noble y santa voz de la sangre, ¡qué a tiempo sabes hacerte oír!

Muerto era ya D. Lucas cuando acaecieron estas cosas. Anatolio acudió donde le llamaron, y puso a réditos de la enfermedad y de la vejez de sus padres, los ahorros y la paga.

Después de todo, era su obligación. Así lo pensaban los padres y Anatolio también.

La libreta del Monte de Piedad se hizo humo entre cuentas de médico, recetas y cuidados preciosos a la manutención de los dos enfermos. Menos mal que la muerte se encargó de llevarlos en tiempo oportuno para que la paga del astrónomo no cayese en manos de usureros.

Con diferencia de unos meses se verificaron los dos entierros.

Al concluir el último, un pariente de esos que sólo aparecen en las casas cuando hay muerto o recién nacido o casado, echó los brazos al cuello de Anatolio y le dijo entre sollozos que parecían naturales:

—¡Ay, Anatolio!... Tu desgracia es muy grande. Nada como un padre y como una madre. Hace dos meses perdiste a la primera; hoy al segundo pierdes. Hoy te quedas solo en este mundo.

Anatolio creía que cuando quedó solo en este mundo fué al morir D. Lucas, pero no quiso llevar la contraria al pariente.